EL CULTO DE LOS ANIMALES

EL CULTO

DE

LOS ANIMALES

POR

HERBERT SPENCER

EM CULTO DE LOS ANIMALES

M. Mc. Lennan, en recientes estudios sobre el culto de los animales y de las plantas, ha hecho mucho para el esclarecimiento de un asunto tan oscuro.

Ha seguido en esta cuestión un método verdaderamente científico: comparar los fenómenos que se presentan en las razas no civilizadas de hoy con los que se presentaban primitivamente, según las tradiciones, en las razas hoy civilizadas y de este modo ha hecho á unos yá otros más comprensibles de lo que ántes eran.

Nos parece, sin embargo, que hay vagedad en la contestación que dá M. Mc. Lennan á la pregunta esencial.

¿Cómo ha nacido el culto de los animales y de las plantas?

En realidad deja expresamente sin solución este problema.

Su hipótesis, dice «está destinada, téngase presente, no á explicar el orígen del fetiquismo, sino á dar cuenta del culto de los animales y de las plantas en los pueblos antiguos.»

¿Por qué las tríbus salvajes han adoptado generalmente por ídolos, animales, plantas y otros objetos?

¿Qué ha podido inducir á tal ó cual tribu á elegir, para revestirle de un carácter sagrado especial, un sér determinado, y á tal otra tribu otro ser distinto?

Además, cada tribu se considera descendiente del sér que es objeto de su culto; y es preciso descubrir cómo se ha producido tan extraña idea.

Si no se hubiera observado más que una vez, podríamos ver en ella un capricho ó un accidente ilusorio.

Pero puesto que en realidad aparecía, "bajo diversas razas no civilizadas, en diferentes partes del mundo; puesto que ha dejado huellas no menos numerosas, en las supersticiones de las razas civilizadas que se han extinguido, no nos podemos contentar con una razón especial ó excepcional.

Además, la razón general de estos hechos, cualquiera que ella sea, no debe repugnar á una inteligencia primitiva, que sea para el esencial, parecido á la nuestra.

El estudio de las creencias grotescas de los salvajes nos inclina á suponer que su razón no es como la nuestra; pero esta suposición no puede sostenerse. Dada la suma de conocimientos que poseen los hombres primitivos y la imperfeeción de los signos hablados de que se sirven para conversar ó reflexionar, las conclusiones á que habitualmente llegan son, sin duda alguna, las más razonables.

Esta proposición será nuestra base; y, hallada esta base, vamos á ver como los hombres han llegado generalmente, por no decir de un modo tan universal, á creerse descendientes de ciertos animales, plantas ó cuerpos brutos.

A esto creemos que se puede contestar de una manera satisfactoria.

Toda religión en estado rudimentario es un método para hacernos propicios los ascendientes muertos, á los que se le sigue atribuyendo la existencia con el poder de hacer bien ó mal á sus descendientes.

Hemos prestado mucha atención á los modos de pensar que se usan en las sociedades humanas sencillas, y pruebas de todas clases, recogià is entre todas las especies de hombres no civilizados, nos han impuesto una conclusión semejante á la que hace poco tiempo daba M. Huxley: que el salvaje, al considerar un cuerpo como abandonado por la fuerza personal que en él residía, considera también á aquella persona activa como existente aún, y los sentimientos y las ideas que él tiene respecto á dicho sér constituyen todo el fundamento de sus supersticiones.

En todo país hallamos la creencia, expresa ó tácita, de que en cada persona hay un doble sér; cuando un hombre muere, su otro yo (sea que por otra parte ese yo permanezca al alcance ó se aleje) puede volver á aparecer, y conserva la facultad de maltratar á sus enemigos y socorrer á sus amigos.

Pero ¿ cómo del deseo de hacerse propi-

cia esa segunda personalidad del difunto (las palabras «sombra» ó «espiritu» tienen algo de engañador: para el salvaje la segunda personalidad reaparecería con una forma no menos tangible que la primera), cómo ha nacido el culto de los animales, de las plantas y de los objetos inanimados?

De una manera muy sencilla.

Los salvajes tienen la costumbre de designar á los indivíduos por nombre que ó recuerdan directamente un rasgo de su carácter ó un hecho de su vida, ó señalan una semejanza notoria con algún objeto muy conocido.

Inevitablemente la creación de estos nombres individuales debe preceder á la aparición de los nombres de familia: éste era el movimiento de la naturaleza, por más que, áun hoy, no dejándose sentir la necesidad, siguen las cosas del mismo modo.

No hemos hecho alusión á ese hecho sig-

nificativo únicamente respecto á ciertos puntos de Inglaterra—como los distritos donde se hacen los clavos—en los que cada uno tiene su apodo, y á penas se conserva recuerdo de los nombres de familia; nos referimos al uso constante, lo mismo de los hombres que de los niños.

Una persona gruesa se llama comunmente «el oso; » un sujeto astuto é intrigante, es un viejo «zorro»; el hipócrita, un «cocodrilo.»

Se emplean también el nombre de las plantas, por ejemplo: á un muchacho de cabellos rojos se le califica de « zanahoria» por sus compañeros de escuela.

Tampoco faltan motes sacados de objetos y de agentes inorgánicos, como el que M. Carlile ha dado á Sterling el mayor, el «capitán Torbellino.»

Pues bien: en el estado del más primitivo salvajismo, esos nombres dados por metáfora se renovarán en la mayor parte de los casos en cada generación; será muy conveniente hasta que se establezcan algunas especies de nombres de familia.

Decimos en la mayor parte de los casos, porque es preciso hacer una excepción para los hombres que se hayan distinguido:

Si « el Lobo » ha hecho sus pruebas en la guerra, llega á ser el terror de las tribus vecinas y domina las suyas; sus hijos, orgullosos de su origen, no dejarán olvidar que descienden del Lobo, no lo olvidarán tampoco el resto de la tribu que han visto en « el Lobo », un objeto de espanto y no pueden menos de temer á los hijos.

Cuanto más poderoso é ilustre haya sido el Lobo, más los sentimientos de orgullo y de temor contribuirán á sostener vivo entre sus nietos y sus súbditos el recuerdo de que su abuelo era el Lobo.

Y si, como puede suceder, la familia do-

minante llega á ser la base de una nueva tribu, los miembros de esta se llamarán ó serán llamados «los Lobos.»

No nos vemos reducido á añadir por inducción que los apodos deben trasmitirse: he aquí una prueba de que se trasmiten efectivamente.

Lo mismo que persiste entre nosotros la costumbre de convertir en apodos los nombres de los animales, de las plantas y de de otros objetos, así continúan trasmitiéndose los sobrenombres.

Un ejemplo hemos conocido en casa de unos amigos que tienen una propiedad en en el Oeste de las Tierras-Altas (1), donde con frecuencia tengo el placer de pasar en su compañía algunas semanas del otoño.

Llevaos á uno de los jóvenes Croshek, me

⁽T) Les Highlnapds, en Escoci a.

había contestado más de una vez el dueño de la casa cuando yo le preguntaba quien me acompañaría á la pesca del salmón.

Yo conocía bien á Croshek el mayor, y creía que el nombre que llevaba él y todos sus parientes era el nombre de familia.

Dos años tardé en saber que su verdadero nombre era Cameron, que el padre había sido llamado Croshek, por el nombre de su Granja, para distinguirlo de los otros Cameron que se empleaban en las tierras, y que el uso había hecho conocer á sus hijos con aquel nombre.

En este caso, como sucede casi siempre en Escocia, el apodo se sacaba del nombre de la residencia; pero aunque hubiese sido tomado del de un animal, lo mismo hubiera resultado; la trasmisión se hubiera realizado tan naturalmente.

Por otra parte, ni áun para este eslabón en la cadena de nuestro razonamiento, nos vemos reducidos á una inducción; tenemos un hecho en que apoyarnos.

M. Bates, en *Un naturalista en el Amazo*nas, al hacer la descripción de tres mestizos que le acompañaban en una partida de caza, dice:

«De los tres, dos eran hermanos, á saber, Juan y Ceferino Jabuti.

"Jabuti, ó la Tortuga, era un apodo que su padre había adquirido por su calma, y que, según la costumbre del país, se había convertido en nombre de familia."

Añadiremos una observación de M. Wallñ ec, relativa al mismo país:

« Una de las tribus del río Isanna lleva el nombre de Jurupari (los diablos); otra el de Perros de aguas: una tercera se llama Las Estrellas, y una cuarta El Yuca (1).»

⁽¹⁾ Arbusto americano de cuya raíz se hace pan.

Uniendo estas dos observaciones, ¿ queda alguna duda respecto al orígen de eso s nombres de tribus?

Que la Tortuga se distinga convenientemente (no es necesario que sea bien; una inferioridad marcada puede bastar), y e recuerdo de ella, conservado por el orgullo de los mismos descendientes, si los enaltece, ó por el desprecio de sus vecinos si los rebaja, puede engendrar un nombre de tribu.

Dada la creencia en el doble sér del ascendiente muerto, que sobrevive, y al que es necesario tener propicio; dado que el nombre que se le aplicó por metáfora se trasmite á sus nietos, biznietos, etc., ¿ qué sucederá bien pronto?

El carácter del nombre, que suele ser una metáfora, caerá en el olvido.

Si en la tradición se pierde de vista que el ascendiente era un hombre llamado el

Lobo; si se adopta la costumbre de hablar de él con el nombre de Lobo, como se hacia en vida, entonces de la inclinación natural á tomar las palabras al pié de la letra resultará: primero, la idea de que se desciende de un verdadero Lobo; segundo, la costumbre de considerar al lobo de modo á propósito para tenerlo propicio, como conviene respecto al que bien puede ser el segundo yo del ascendiente muerto ó uno de sus parientes, y, por consecuencia, su amigo.

Semejante confusión es muy natural: esto salta á la vista si se tiene en cuenta lo indefinido que es el lenguaje primitivo.

Las lenguas de las razas inferiores de hoy no tienen palabras para marcar la diferencia entre lo propio y lo figurado, y no expresa más que los objetos concretos y las acciones; los Australianos tienen un nombre para cada especie de árbol y no lo tie nen para el árbol en general.

Y aunque, según ciertos testimonios, su vocabulario no se halle completamente desprovisto de nombres genéricos, es muy pobre en este punto; sobre esto no cabe duda.

Lo mismo sucede respecto á los Trasmanianos: el Dr. Miligan dice « que habían adquirido una facultad de abstraer y de generalizar muy limitada.

No tenía palabras para las ideas abstractas.

Para cada especie de árbol de goma ó de arbolillo, etc., tenían un nombre, pero ninguno equivalente á nuestra expresión «un árbol»; no sabían expresar mejor las cualidades abstractas, como duro, dulce, caliente, fuerte, largo, corto, redondo, etc.; en lugar de grande, decían « de largas piernas»; en vez de redondo « como una bola » ó « como la luna », y así por el esti-

10, uniendo de ordinario el gesto á la palabra é indicando por un signo el sentido en que se debía tomar la frase.

Ahora bien, rebajado la parte de exageración (lo cual parece necesario, por que la palabra largo, de la que se acaba de decir que es intraducible como demasiada abstracta, se emplea enseguida para calificar un término concreto en la expresión «largas piernas»), es bastante claro que un lenguaje tan imperfecto no podría dar idea del nombre en sí, en cuanto fuera distinto de la cosa.

Así. en las tribus de imperfecto lenguaje debe ser imposible, cuando se trasmite el recuerdo de un ascendiente llamado el Lobo, distinguirle del lobo verdadero.

Los hijos y los nietos, que lo han conocido, no se equivocarán; pero en las generaciones siguientes « descender » del Lobo significará infaliblemente descender del animal llamado lobo.

Y se aplicará á la especie lobo las ideas que como hemos indicado, van unidas á la creencia de que los parientes sobreviven y pueden proteger á sus descendientes, si se les logra tener propicios.

Antes de seguir desarrollando esta idea general, debemos hacer notar que no sólo dá cuenta del culto de los animales, sino también de la creencia, que bajo tantas formas se manifiestan en las antiguas le-yendas, de que los animales pueden hablar, pensar y obrar como los hombres.

Las mitologías están llenas de historia s de bestias, pájaros y peces que han desempeñado el papel de seres inteligentes en los asuntos humanos, ayudando á los particuculares con los indicios que les daban, guiándoles y prestándoles socorro, ó bien engañándoles con sus palabras ó de otro modo.

Estas tradiciones y las de las bestias que

roban á las mujeres yqueeducan á los niños, encventran lugar en la teoría: estas son las consecuencias del contrasentido ordinario á que hemos hecho referencia.

La hipótesis parecerá más probable todavía si se tiene en cuenta con qué facilidad se aplica al culto de las otras clases de objetos.

Creerse descendiente de un animal sería entre nosotros muy extraño; no por esto es ménos natural en las ideas de un salvaje que no analiza lo que vé; porque entre los animales y los vegetales encuentra muchas metamórfosis que contiene en la apariencia del mismo carácter.

¿Pero en qué puede fundarse la idea grotesca de tomar por ascendiente de su tríbu al sol, la luna, ó tal ó cual estrella?

Esto resulta de la trasmisión de los apodos y del error accidental que les hace tomarlos en el sentido propio. Los nombres de los cuerpos celestes, tomados metafóricamente, suministran á los salvajes muchos nombres de hombres.

Entre nosotros mismos, ¿no se llama á una actriz distinguida una estrella?

En la poesía, ¿no vemos con frecuencia á hombres y mujeres comparados al sol y á la luna?

¿Qué sentimiento debería excitar entre los de su tríbu el guerrero triunfante, á su regreso, aldisipar las nubes de la ansiedad é iluminar con un rayo de alegría todos los semblantes?

Al calcular cuales podrían ser, nada más natural que admitir le comparasen con el sol; y en una lengua primitiva no hay más que un medio de compararlos: el de llamarle « Sol »

Sucederá, pues, que por una confusión del sentido metafórico con el sentido propio de la palabra, sus descendientes, después de algunas generaciones, se considerarán y serán considerados como los hijos del Sol.

Y si heredan el carácter atribuído al ascendiente, gracias también á la tradición que perpetúa las hazañas de éste, la raza de los Hijos del Sol llegará naturalmente á ser considerada como una raza superior.

Del mismo modo se explica el orígen de os demás ídolos, que es tan extraño, si no lmás, que no puede explicarse por otra hipótesis.

Uno de los jefes, en Nueva-Zelanda, se jactaba de tener por ascendiente á una gran montaña vecina, el Tongariro.

Esta idea, que parecera una extravagancia, se comprende pensando con qué facilidad ha podido nacer de un apodo.

Entre nosotros, al hablar de un hombre muy grueso, redondo como una bola, ¿no solemos decir: «una montaña de carne?» Luego en pueblo obligado á enplear palabras aún más concretas, puede suceder que un jefe, notable por su talla, reciba por mote el nombre de la más alta montaña que se divise, porque domina á los demás hombres como la montaña y los montes de alrededor.

Esto no sólo es posible, sino probable. Y á partir de aquí, la confusión de la metafóra con la cosa propia será el orígen de tan sorprendente genealogía.

Otra idea existe tal vez más irregular todavía, que se interpreta así de una manera satisfactoria.

¿Qué es lo que puede haber hecho crer á un hombre que ha nacido de la aurora?

Aun suponiendo desde luego en él, una extrema credulidad y la más loca fantasía, es preciso que el ascendiente sea considerado como una entidad: la idea de la aurora carece por completo de esa claridad de con-

tornos y de esa constancia relativa que entran en la idea de un sér.

Pero tengamos presente que « La Aurora » es un nombre que se da naturalmente, á guisa de cumplimiento, á una bella joven que llega á la edad de mujer; y la formación de la idea, conforme á nuestra hipótesis, se revela desde luego.

Según nuestro punto de vista, el fetiquismo es un hecho, no positivo, sino secundario.

Lo que procede basta para demostrarlo. Sigamos, sin embargo, paso á paso la formación.

Respecto á los Tasmanianos, dice el Dr. Miligan:

« Los nombres de hombres y mujeres los tomaban de los objetos y de los sucesos ó actos de la naturaleza: por ejemplo, del árbol de goma, de la nieve, del granizo, de la tempestad, del viento, de las flores, de los árboles, etc. »